

sepulcro del Salvador alguna obra maestra desconocida.

Subimos de nuevo al convento, y examiné el campo desde una azotea. Belém está construido sobre un montecillo que domina un largo valle, que se extiende de Oriente á Occidente; la colina del Mediodía está cubierta de algunos olivos; su terreno es rojizo, y está erizada de guijarros; la colina del Norte presenta algunas higueras en un suelo parecido al de la otra colina. Descúbranse aquí y acullá algunas ruinas, y entre otras las de una torre llamada la *Torre de San Pablo*. Entré en el monasterio, que debe una parte de su riqueza á Balduino, rey de Jerusalém y sucesor de Godofredo de Bullon; es una verdadera fortaleza, y sus paredes son tan gruesas, que pueden sostener fácilmente un sitio contra los turcos.

Habiendo llegado la escolta árabe, me dispuse á marchar al mar Muerto. Al desayunarme con los frailes, que formaban un círculo en mi derredor, me dijeron que había en el convento un fraile francés. Enviósele á buscar, y se presentó con humilde actitud, saludándome en breves palabras. Hícele algunas preguntas, y me dijo que se llamaba el padre Clemente, natural de las inmediaciones de Mayenne; que hallándose en un monasterio en Bretaña, había sido deportado á España con un centenar de frailes; y que, habiendo recibido hospitalidad en un convento de su Orden, sus superiores le habían enviado de misionero á Tierra-Santa. Preguntéle si deseaba volver á su patria, á lo que me contestó que esto le era indiferente, pues se prometía, por el mérito del pesebre del Salvador, alcanzar la fuerza de morir allí, sin importunar á nadie, y sin pensar en un país donde nadie se acordaba de él.

El padre Clemente se vió precisado á retirarse, pues mi presencia había despertado en su corazón unos sentimientos que en vano procuraba extinguir. Tales son los destinos humanos: un francés llora hoy su perdida patria en el mismo suelo cuyos recuerdos inspiraron en otro tiempo el mas hermoso de los cánticos alusivos al amor de la patria:

Super flumina Babylonis, etc.

Empero no todos aquellos hijos de Aaron que colgaron sus arpas en los sauces de Babilonia, regresaron á la ciudad de David; no todas aquellas hijas de Judea que exclamaban en las orillas del Eufrates:

Oh márgenes del Jordan! oh campos amados de los cielos! etc.;

no todas aquellas compañeras de Ester, regresaron á Emmaüs y Bethel; muchas dejaron sus restos en los campos del cautiverio.

A las diez de la mañana montamos á caballo y salimos de Belém; seis árabes belemitas á pié, y armados de puñales y largos fusiles de mecha, formaban nuestra escolta, y marchaban tres delante y tres detrás de nuestros caballos, á los que habíamos agregado un asno que conducía el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de San Sabas, desde donde debíamos bajar al mar Muerto y volver por el Jordan.

Primero seguimos el valle de Belém, que se extiende hácia el Levante, como ya he dicho, y pasamos un grupo de montañas, en que se ve, hácia la derecha, una viña recién plantada, cosa bastante rara en el país para que me haya llamado la atención.

Llegamos á una gruta llamada la *Gruta de los Pastores*. Los árabes la denominan aun *Dta-el-Natour*, esto es, la *Ciudad de los Pastores*. Dícese que Abraham apacentaba sus rebaños en este lugar, y que los pastores de la Judea fueron avisados en el mismo del nacimiento del Salvador.

La piedad de los fieles ha transformado esta gruta en una capilla. Esta debía estar muy adornada en otro tiempo, pues he visto tres capiteles de orden corintio, y otros dos del jónico. El descubrimiento de estos era

una verdadera maravilla, porque despues del siglo de Elena no se halla sino el eterno corintio.

Al salir de esta gruta y caminando siempre hácia el Oriente, sin perder de vista el Mediodía, dejamos las montañas Rojas, para entrar en una cordillera de montañas blanquecinas. Nuestros caballos se hundían en una tierra blanda y arcillosa formada de los restos de una roca caliza. Esta tierra estaba tan horriblemente desnuda, que ni aun tenía una corteza de musgo. Veíase únicamente crecer aquí y acullá algunas plantas espinosas, tan descoloridas como el suelo que las produce, y que parecen cubiertas de polvo como los árboles de nuestros caminos reales durante el estio.

Dando la vuelta á uno de los grupos de estas montañas, descubrimos dos campamentos de beduinos: uno formado de siete tiendas de pieles de ovejas negras, dispuestas en cuadrilongo, abierto hácia su extremidad oriental; el otro se componía de una docena de tiendas plantadas circularmente. Algunos camellos y algunas yeguas vagaban por aquellas inmediaciones.

Era demasiado tarde para retroceder: fue, pues, preciso, mostrar serenidad y atravesar el segundo campamento. Los árabes tocaron la mano de los belemitas y la barba de Ali-Agá. Mas, no bien habíamos salvado las últimas tiendas, un beduino detuvo el asno que conducía los viveres; los belemitas quisieron rechazarle, y el árabe llamó en su auxilio á sus compañeros, que montaron al punto á caballo, se armaron y nos envolvieron. Ali consiguió aplacar aquel tumulto, mediante algun dinero. Aquellos beduinos nos exigieron un derecho de paso, pues, por lo visto, toman el desierto por una carretera; tienen razon: cada cual es dueño de su casa. Pero esto era únicamente el preludio de una escena mas violenta.

Una legua mas allá, bajando la ladera opuesta de una montaña, descubrimos las cúspides de dos altas torres, que se elevaban en un valle profundo: era el convento de San Sabas. Al acercarnos á él una nueva horda de árabes, oculta en el fondo de un barranco, se arrojó sobre nuestra escolta, prorrumpiendo en ahullidos. En un instante vimos volar las piedras, brillar los puñales y asestarse los fusiles. Allí se lanzó á la refriega; y todos acudimos á prestarle apoyo; así al caudillo de los beduinos por la barba, le arrastró hasta colocarlo bajo la barriga de su caballo, y le amenazó con quitarle la vida, sino hacía poner término á la contienda. Durante este tumulto, un fraile griego gritaba por su parte y gesticulaba desde una torre, intentando, aunque en vano, restablecer la paz. Todos habíamos llegado á la puerta de San Sabas, en cuyo interior los frailes volvían la llave, pero con lentitud, porque temían que en tal confusion el monasterio fuese saqueado. El genizaro, aburrido de estas dilaciones, se enfurecía contra los frailes y los árabes. Al fin desenvainó su alfanje, é iba á derribar la cabeza del caudillo de los beduinos, que mantenía asido de la barba con pasmosa fuerza, cuando se abrió el convento. Todos nos precipitamos en completo desorden en un patio, cuya puerta se cerró á nuestra espalda. La refriega se hizo entonces mas seria: no estábamos en el interior del convento, pues había que pasar otro patio, cuya puerta no estaba abierta. Estábamos, pues, encerrados en un reducido espacio, donde nos heríamos con nuestras armas, y donde nuestros caballos, escitados por el estrépito, se habían enfurecido. Ali aseguraba había desviado una puñalada que un árabe iba á descargar-me por detrás, y me enseñaba su mano ensangrentada; pero Ali, hombre por otra parte muy valiente, amaba el dinero como todos los turcos. La última puerta del convento se abrió; dejése ver el prior, dijo algunas palabras, y cesó aquel tumulto. Entonces supimos el motivo de tan reñida pelea.

Los árabes que acababan de atacarnos pertenecían á una tribu que sostenía era la única que tenía el dere-

cho de conducir los extranjeros á San Sabas. Los belemitas, que deseaban percibir el estipendio de la escolta, y que están obligados á sostener una reputacion de valor, no habían querido ceder. El prior había prometido que yo satisfaría á los beduinos, y el negocio quedó arreglado. Yo me negaba á darles cosa alguna, para castigarles; pero Ali-Agá me hizo presente que si persistía en esta resolucion, no podríamos llegar al Jordan; pues aquellos árabes irían á dar la voz de alarma á las demás tribus, y que seríamos infaliblemente asesinados; que por esta razon no había querido cortar la cabeza al caudillo, porque una vez derramada alguna sangre, no hubiéramos podido tomar otro partido que volver apresuradamente á Jerusalém.

Dudo que los conventos de Scetú se hallen situados en lugares mas tristes y desolados que el convento de San Sabas. Está construido en el mismo cauce del torrente Cedron, que en aquel lugar puede tener tres ó cuatrocientos piés de profundidad. Este torrente está seco, y solo en la primavera arrastra un agua cenagosa y rojiza. La iglesia ocupa una pequeña eminencia en el fondo del cauce. Desde aquí se elevan las dependencias del monasterio por medio de unas escaleras perpendiculares, y unos pasadizos practicados en la roca, sobre la pendiente del álveo, y llegan así á la cima de la montaña, en la que terminan en dos torres cuadradas. Una de ellas está fuera del convento, y servía antiguamente de atalaya para observar á los árabes; desde lo alto de estas torres se descubren las estériles cumbres de las montañas de Judea; y al pié, la vista se abisma en el exhausto cauce del torrente Cedron, donde se ven las grutas en otro tiempo habitadas por los primeros anacoretas. Unas palomas azules anidan hoy en aquellas grutas, como para recordar con sus gemidos, su inocencia y su dulzura, los santos y antiguos pobladores de aquellos peñascos. No debo olvidar una palmera que crece sobre una de las azoteas del convento, pues estoy persuadido de que todos los viajeros la admirarán como yo; es preciso hallarse rodeado de una esterilidad igualmente horrorosa, para conocer el precio de aquella frondosa palmera.

Relativamente á la parte histórica del convento de San Sabas, el lector puede recurrir á la carta del padre Neret, y á la *Vida de los Padres del Desierto*. Enseñanse actualmente en el monasterio tres ó cuatro mil calaveras de religiosos muertos por los infieles. Los frailes me dejaron un cuarto de hora enteramente solo con estos tristes despojos, pues parece habían adivinado que mi objeto era pintar un día la situacion del alma de los solitarios de la Tebáida. Pero recuerdo aun con un sentimiento de disgusto que un fraile quiso hablarme de política, y referirme los secretos de la corte de Rusia: «Ah hermano mio! le respondí, ¿dónde hallaréis la paz si aquí no la halláis?»

Saliendo del convento á las tres de la tarde, subimos al torrente Cedron, y lo atravesamos; seguimos luego nuestro camino hácia Levante, y descubrimos á Jerusalém por una separacion de las montañas. Yo no podía darme una cuenta exacta de lo que miraba, pues creía ver un conjunto informe de peñascos rotos; la súbita aparicion de aquella ciudad desolada en medio de una soledad, desolada tambien, tenía algo de aterrador: era verdaderamente la ruina del desierto.

Adelantamos: el aspecto de las montañas era siempre el mismo; esto es, blanco-pulverulento, sin sombras, sin árboles, sin yerba y sin musgo. A las cuatro y media bajamos de la alta cadena de estas montañas á otra menos elevada. Durante cincuenta minutos caminamos por un terreno bastante igual. Al fin llegamos á la última fila de los montes que rodean al Occidente el valle del Jordan y las aguas del mar Muerto. El sol se hallaba próximo á su ocaso; nos apeamos para dar algun descanso á los caballos, y contemplé á mi placer el lago, el valle y el rio.

Cuando se habla de un valle, la imaginacion se representa un valle cultivado ó inculto: si cultivado, está cubierto de mieses, viñedos, aldeas y rebaños; si inculto, presenta dehesas ó bosques; y si lo riega un rio, este tiene sinuosidades cuyas perspectivas atraen agradablemente las miradas.

Pero en el valle del Jordan nada de esto tiene lugar; figúrese el lector dos largas cordilleras que se extienden paralelamente de Norte á Mediodía, sin rodeos, sin sinuosidades. La cordillera oriental, llamada *Montaña de Arabia*, es la mas alta; y vista á la distancia de ocho ó diez leguas, parece una inmensa pared perpendicular, enteramente semejante al Jura por su forma y su color azulado; no se distingue en ella ni una cumbre, ni la mas pequeña cima; tan solo se descubren á trechos algunas leves inflexiones, como si la mano del pintor que trazó esta línea horizontal en el cielo, hubiese temblado en algunos parajes (1).

La cordillera occidental pertenece á las montañas de Judea. Mas alta y desigual que la anterior, se diferencia tambien de ella por su naturaleza, pues presenta grandes masas de greda y arena, que imitan haces de armas, banderas desplegadas ó tiendas de campaña, al borde de una llanura. Por la parte de la Arabia presenta, por el contrario, unos peñascos negros cortados á pico, que esparcen á lo lejos su sombra sobre las aguas del mar Muerto. La mas pequeña avejilla del cielo no hallaría en esos peñascos una brizna de yerba para su sustento; todo anuncia allí la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar allí el horror y el incesto de que salieron Ammon y Moab.

El valle comprendido entre estas dos cordilleras presenta un suelo parecido al fondo de un mar que se hubiese retirado de mucho tiempo atrás: unas playas de sal, un lecho seco y unas arenas movedizas y como surcadas por las olas. Aquí y acullá crecen con penoso esfuerzo algunos arbustos raquíticos, sobre aquel suelo sin vida; sus hojas están cubiertas de la sal que las ha nutrido, y su corteza tiene el sabor y el olor del humo. En lugar de aldeas descúbranse la ruinas de algunas torres. Por medio del estéril valle corre un rio incoloro, que se arrastra lentamente hácia el pestilente lago en que se sepulta. Su corriente no se distingue entre la arena sino por los sauces y los cañaverales que lo rodean: el árabe se embosca en estos para acometer al viajero y robar al peregrino.

Tales son esos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo: ese rio es el Jordan; ese lago es el mar Muerto; este mar parece brillante, pero las criminales ciudades que en su seno esconden parecen han envenenado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden alimentar á ningun ser viviente; ningun bajel ha oprimido sus ondas; sus márgenes no tienen pajarrillos, árboles ni verdor; y sus aguas, de horrosa amargura, son tan pesadas, que los vientos mas impetuosos pueden apenas agitarlas.

Cuando se viaja por la Judea, se apodera al pronto del corazón un profundo disgusto; pero cuando, pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites á la vista, el disgusto se disipa poco á poco, y se experimenta un terror secreto que, lejos de abatir el alma, inspira valor y eleva el genio. Las extraordinarias perspectivas revelan por todas partes una tierra teatro de grandes milagros; el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía y todos los cuadros de la Escritura se encuentran allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta declara el porvenir; cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado allí: los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros en-

(1) Todas estas descripciones del mar Muerto y del Jordan se hallan en los *Mártires*, lib. XIX; mas, como el asunto es interesante, y he añadido en el Itinerario, muchos rasgos á aquellas, descripciones no he temido repetir las aquí.

treabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aun mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio deste que oyó la voz del Eterno.

Bajamos de la cima de la montaña para ir á pasar la noche al borde del mar Muerto, para subir luego al Jordan. Al entrar en el valle, nuestra reducida tropa se replegó, y nuestros belemitas cargaron sus fusiles y marcharon con precaucion delante de nosotros. En el camino hallamos algunos de los árabes del desierto que van á buscar sal al lago, y hacen una guerra implacable al viajero. Las costumbres de los beduinos empiezan á modificarse, por resultado de un trato muy frecuente con los turcos y los europeos. En el dia prostituyen á sus hijas y deguellan al viajero á quien antes se limitaban á robar.

Así caminamos por espacio de dos horas, empuñadas las pistolas como en un país enemigo, siguiendo entre los montecillos de arena las grietas formadas en el terreno por los ardores del sol. Una costra de sal cubria la arena, y presentaba la imagen de un campo nevado, sobre el que descollaban algunos miserables arbustos. De repente llegamos al lago; y digo de repente, porque me creia aun muy distante de él, pues ningun rumor, ninguna frescura me habia anunciado la proximidad de las aguas. La arena, sembrada de guijarros, despedia fuego; las aguas no tenian movimiento alguno, y parecian enteramente muertas en las orillas.

Era noche cerrada: lo primero que hice al apearme, fue entrar en el lago hasta las rodillas y acercar la boca á sus aguas, que me fue imposible retener, porque su sabor salobre es mas intenso que el del mar, y produjo en mis labios el efecto de una disolucion concentrada de alumbre. No bien quedaron secas mis botas, se cubrieron de sal, y nuestros vestidos y nuestras manos se vieron impregnados de ella en menos de tres horas; Galeno habia observado ya estos efectos, y Pooke ha confirmado su existencia.

Establecimos nuestro campamento á las orillas del lago, y los belemitas encendieron fuego para preparar el café, pues no carecian de combustibles, porque la orilla estaba llena de ramas de tamarindo que los árabes habian traído. Además de la sal que estos hallan enteramente formada en este lugar, la estraen tambien del agua mediante la ebulicion. Tal es la fuerza de la costumbre, que nuestros belemitas, que habian marchado con la mayor precaucion por el campo, no temieron encender un fuego que podia delatarles. Uno de ellos se sirvió de un medio extraño para hacer prendes la llama: dispuso convenientemente el combustible y se bajó sobre el fuego; el humo linchó su túnica; y levantándose entonces bruscamente, el aire aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama resplandeciente. Despues de beber el café, mis compañeros se durmieron y yo quedé despierto con nuestros árabes.

A media noche oí algun ruido en el lago. Los belemitas me dijeron que este rumor era producido por legiones de pececillos que acudian á saltar á la orilla. Esto desmiente la opinion generalmente adoptada de que el mar Muerto no produce ningun ser viviente. Hallándose Pooke en Jerusalén, oyó decir que un misionero habia visto peces en el lago Asfaltite. Hasselquist y Maundrell descubrieron unas conchas en sus orillas. M. Seetzen que aun viaja por la Arabia, no halló en dicho mar ni helices, ni almejas, pero si algunos caracoles.

Conservo un vaso de hoja de lata lleno del agua que tomé del mar Muerto. Aun no lo he abierto; pero á juzgar por el peso y el ruido, me parece que la cantidad de agua ha disminuido un poco. Mi objeto era ensayar la experiencia propuesta por Pooke; esto es poner algunos pececillos de mar en esta agua, y examinar si podrian vivir en ella; pero otras ocupaciones

me impidieron verificar este ensayo, y temo que sea ya tarde.

La luna se mostró á las dos de la madrugada, trayendo una fuerte brisa, que no refrescó el ambiente, pero agitó un poco el lago. Las aguas, saturadas de sal, volvian á caer por su propio peso, y batian debilmente las orillas. Un rumor lúgubre salia de aquel lago de muerte, como los ahogados clamores de un pueblo abismado en sus aguas.

La aurora se dejó ver en la montaña de Arabia, enfrente de nosotros. El mar Muerto y el valle del Jordan se tiñeron de un color admirable; pero tan soberbia perspectiva sirvió únicamente para hacer resaltar mas la desolacion del fondo.

El famoso lago que ocupa el lugar de Sodoma y Gomorra se llama *mar Muerto* ó *mar Salado*, en la Escritura; *Asfaltite* por los griegos y los latinos; *Almotenah* y *Bahar-Loth* por los árabes, y *Vla-Degnisi* por los turcos. No puedo asentir á la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo, en el lago Fusino, el pico de las Azores, el Mamelife, en frente de Cartago, y los volcanes apagados de la Auvernia, y en todos he visto iguales cráteres, esto es, montañas socavadas á manera de embudo, lavas y cenizas donde no es posible desconocer la accion del fuego. El mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo, encurvado á modo de arco, enclavado entre dos cordilleras, que ninguna semejanza de forma, ninguna homogeneidad de terreno tienen entre sí. Estas cordilleras no se reúnen en las dos estremidades del lago, pues continuan por un lado, cercandole el valle del Jordan, acercándose hácia el Norte hasta el lago de Tiberiades; y por el otro, van á perderse hácia el Mediodia, alejándose, en los arenales del Yemen. Es cierto que se encuentran betunes, aguas calientes y piedras fosfóricas en la cadena de las montañas de la Arabia, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Por otra parte, la presencia de aguas termales, azufre y asfalto no basta para evidenciar la existencia anterior de un volcan. Por lo que respecta á las ciudades abismadas, me limito á decir que me atengo al sentido de la Escritura, sin llamar á la fisica en mi auxilio. Además, adoptando la opinion del profesor Michaëlis y del sabio Busching en su *Memoria acerca del Mar Muerto*, la fisica puede ser admitida en la catástrofe de las ciudades criminales, sin ofender la religion. Sodoma estaba construida sobre una cantera de betun, como consta por el testimonio de Moisés y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. Un rayo incendió este golfo, y las ciudades se hundieron en el incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun conjetura muy razonablemente que Sodoma y Gomorra podian estar construidas con piedras bituminosas, y haberse incendiado con el fuego del cielo.

Estrabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asfaltite. Estéban de Bizancio cuenta ocho; el *Genesis* coloca cinco *in valle silvestri*: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala ó Segor; pero solo señala las dos primeras como destruidas por la cólera de Dios; el *Deuteronomio* cita cuatro: Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim; y la Sabiduria cuenta cinco sin nombrarlas: *Descendente igne in Pentapolim*.

Habiendo notado Santiago Cerbo que en el mar Muerto desembocan siete grandes corrientes de agua, Relando deduce de esto que dicho mar debia descartarse por medio de canales subterráneos de las aguas superfluas; Sandy y algunos otros viajeros han emitido la misma opinion; pero hoy está abandonada, á consecuencia de las observaciones del doctor Halley relativamente á la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, quien opina, sin embargo, que el Jordan hace entrar diariamente en el mar Muerto seis millones y noventa mil toneles de agua, sin contar las del Arnou y las de otros siete torrentes. Muchos viajeros, entre

otros Troilo y d'Arvieux, dicen han visto algunos restos de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto. Esto parece confirmado por Maundrell y el padre Nau. Los antiguos son mas terminantes acerca del particular. Josefo, que se vale de una frase poética, dice que se descubrian en las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Estrabon atribuye sesenta estadios de circuito á las ruinas de Sodoma. Tácito habla de estas ruinas; ignoro si todavia existen, porque no las he visto; pero como el lago se levanta ó retira segun las estaciones, puede ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades malditas.

Las otras maravillas que se refieren del mar Muerto han desaparecido ante un examen mas severo. Sábese hoy que los cuerpos se sumergen ó flotan en él, obediendo las leyes del peso específico. Los vapores pestilentes que se ha dicho se exhalaban de su seno, se reducen á un pronunciado olor de marina, á unas humaredas que anuncian ó siguen la emersion del asfalto, y á unas nieblas, tan insalubres á la verdad como todas las nieblas. Si los turcos lo permitiesen algun dia, y se pudiese trasladar una barca de Jafa al mar Muerto, se harian seguramente curiosos descubrimientos en este lago. Los antiguos lo conocian mucho mejor que nosotros, como se ve en Aristóteles, Estrabon, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tácito, Solin, Josefo, Galeno, Dioscórides y Estéban de Bizancio. Nuestros mapas antiguos determinan tambien la forma de este lago de una manera mas satisfactoria que los modernos. Nadie hasta el dia le ha dado la vuelta, exceptuando Daniel, abad de San Sabas. Nau nos ha conservado en su *Viaje* la relacion de este solitario; por esta relacion sabemos «que el mar Muerto en su estremidad está como separado en dos, y que hay un camino que lo atraviesa, no pasando el agua de media pierna, á lo menos durante el verano; que allí la tierra se levanta y limita otro pequeño lago de figura un poco oval, rodeado de llanuras y de montañas de sal; que los campos de las inmediaciones están poblados por innumerables árabes, etc.» Nyembourg dice casi lo mismo, y el abate Mariti y Mr. de Volney hacen uso de estos documentos. Cuando poseamos el *Viaje* de Mr. Seetzen, adquiriremos probablemente mejores datos.

Casi no hay un solo lector que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma; este árbol produce una especie de manzana agradable á la vista, pero de sabor amargo y llena de cenizas. Tácito, en el libro quinto de su *Historia*, y Josefo, en su *Guerra de los judios*, son á mi parecer, los dos primeros autores que han hecho mencion de los extraños frutos del mar Muerto. Foulcher de Chartres que viajaba por la Palestina en 1100, vió la falaz manzana y la comparó á los placeres del mundo. Desde esta época, unos, como Cerverio de Vera, Baumgarten (*Peregrinationis in Aegiptum*, etc.), Pedro del Valle (*Viaggi*), Troilo y algunos misioneros, confirman la relacion de Foulcher; otros, como Reland, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto es una imagen poética de nuestras falsas alegrías, *mala mentis gaudia*; finalmente, otros, como Pooke, Shaw, etc., dudan absolutamente de su existencia.

Amman zanja al parecer esta dificultad, pues al describir el árbol, que en su concepto se parece á un espinoso egipcio, dice que su fruto es una manzanita de hermoso color, etc.

El botánico Hasselquist contradice todo esto. La manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino la produccion del *solanum melongena* de Linneo. «Hallanse muchas, dice, cerca de Jericó, en los valles inmediatos al Jordan, no lejos del mar Muerto; es verdad que algunas veces están llenas de polvo; pero esto solo sucede cuando el fruto es atacado por un insecto (*tenthredo*), que pulveriza

todo su interior, no dejando intacta sino la piel, sin destruir su color.»

¿Quién, despues de esto, no creeria resuelta la cuestion, fundándose en la autoridad de Hasselquist, y en la mas respetable aun, de Linneo, en su *Flora Palestina*? Pues no sucede así: Mr. Seetzen, sabio tambien y el mas moderno de todos estos viajeros, puestó que todavia recorre la Arabia, no se conforma con Hasselquist, relativamente al *solanum Sodomarum*. «He visto, dice, durante mi permanencia en Karrak, en casa del párroco griego de esta ciudad una especie de algodón parecido á la seda; este algodón, segun me dijeron, se produce en la llanura de El-Gor, hácia la parte oriental del mar Muerto, en un árbol parecido á la higuera, llamado *Aoés-cha-er*, y se halla en un fruto parecido á la granada.» He creído que estos frutos, que no tienen pulpa interiormente, y que son desconocidos en lo restante de la Palestina, son quizá las famosas manzanas de Sodoma.»

Héme, pues, lleno de dudas, porque creo haber hallado tambien el fruto tan buscado: el arbusto que lo produce, crece en todas partes á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan; es espinoso, y sus hojas son delgadas y pequeñas; se asemeja mucho al arbusto descrito por Amman, y su fruto es enteramente igual en color y forma al limoncillo de Egipto. Cuando este fruto no está aun maduro, se muestra lleno de una sávia corrosiva y salada; y cuando está seco, da una semilla negruzca, que puede compararse á la ceniza y cuyo sabor es igual al de la pimienta amarga. He cogido media docena de estos frutos, y todavia poseo cuatro secos, bien conservados, y que pueden merecer la atencion de los naturalistas.

El 5 de octubre empleé dos horas enteras en recorrer las orillas del mar Muerto, á pesar de los belemitas que me daban prisa para que dejase aquel peligroso lugar. Yo queria ver el Jordan en el punto en que desemboca en el lago, punto esencial que no ha sido reconocido aun sino por Hasselquist; pero los árabes se negaron á acompañarme, porque el rio hace un rodeo á su izquierda, á una legua de su embocadura, y se aproxima á la montaña de Arabia. Hube, pues, de contentarme con caminar hácia el rodeo del rio mas inmediato á nosotros. Levantamos el campo y caminamos por espacio de hora y media con un trabajo escesivo por una arena blanca y fina, y adelantamos hácia un pequeño bosque de tamarindos y árboles aromáticos, que con gran sorpresa veia alzarse en un suelo estéril. Los belemitas se detuvieron de repente, y me señalaron con la mano en el fondo de un barranco un objeto que no habia descubierto. Yo entrevia, sin poder decir lo que era, una especie de arena en movimiento en la inmovilidad del suelo. Acerqueme á este extraño objeto, y vi un rio amarillo que me costaba trabajo distinguir de la arena de entrambas orillas. Estaba hondamente encajonado, y arrastraba con lentitud sus pesadas aguas: era el Jordan.

Habia visto los rios de América con ese placer que inspiran la soledad y la naturaleza; habia visitado el Tiber con ahinco, y buscado con el mismo interés el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo decir lo que esperiménté á la vista del Jordan. Este rio no solo me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los nombres mas hermosos que la mas brillante poesia ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus márgenes me presentaban todavia el teatro de los milagros de nuestra religion. La Judea es el único país de la tierra que reproduce al viajero el recuerdo de los asuntos humanos y de las cosas del cielo, y que hace nacer en el fondo del alma, mediante esta mezcla, unas sensaciones y unas ideas que ningun otro país puede inspirar.

Los belemitas se desnudaron y entraron en el Jordan. Yo no me atreví á imitarles por temor á la calen-

tura que no cesaba de atormentarme; pero me arrojé en las orillas con mis dos criados y el dragoman del monasterio. Habiendo olvidado llevar una Biblia, no pudimos recitar los pasajes del Evangelio relativos al lugar donde nos hallábamos; pero el dragoman que conocia las costumbres recibidas, salmodió el *Ave, maris stella*, al que respondimos como unos marineros que terminan su viaje: el señor de Joinville no era mas hábil que nosotros. Tomé luego en un vaso de cuero agua del rio, que no me pareció tan dulce como el azúcar, como dice un buen misionero, sino que me pareció por el contrario un poco salobre; pero aunque bebí gran cantidad, no me causó ningun daño; creo que sería muy agradable si estuviese libre de la arena que arrastra.

Ali-Agá hizo algunas abluciones, pues el Jordan es un rio sagrado para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebreas y cristianas: unas derivadas de Ismael, cuyos árabes habitan todavía el país, y otras introducidas entre los turcos á través de las fábulas del Alcoran.

Segun d' Anville, los árabes dan al Jordan el nombre de *Nar-el-Arden*; segun el padre Rogerio, le llaman *Nahar-el-Chiria*. El abate Mariti hace tomar á este nombre la forma italiana de *Scheria*, y Mr. de Volney escribe *El-Charia*.

San Gerónimo, en su tratado de *Situ et Nominibus locorum Hebraicorum*, especie de traduccion de los Tópicos de Eusebio, halla el nombre del Jordan en la reunion de los nombres de los dos manantiales *Jor y Dan*, de este rio; pero en otra parte cambia de opinion; otros la rechazan, fundándose en la autoridad de Josefo, Plinio y Eusebio, que colocan el único manantial del Jordan en Paneades al pié del monte Hemon en el Anti-Libano. La Roque trata á fondo esta cuestion en su *Viaje á Siria*; el abate Mariti se ha limitado á copiarlo, citando además un pasaje de Guillermo de Tiro, para probar que Dan y Paneades eran la misma ciudad: esto es lo que se sabia. Es preciso observar con Reland (*Palestina ex monumentis veteribus illustrata*), contra la opinion de San Gerónimo, que el nombre del rio sagrado no es en hebreo *Jordan*, sino *Jorden*; que, aun admitiendo el primer modo de leer, se explica *Jordan* por *rio del Juicio*; *Jor*, que San Gerónimo traduce por *fluvius*, y *Dan*, por *judicans, sive judicium*: etimología tan exacta, que basta para hacer improbable la opinion de los dos fuentes *Jor y Dan*, si por otra parte la Geografía dejase alguna duda sobre este particular.

Descubrí, como á dos leguas del lugar donde estábamos parados, en la corriente superior del rio un bosquecillo de vasta estension. Quise visitarlo, porque calculé que á escasa distancia de allí estaba Jericó; que por aquel lugar pasaron el rio los israelitas; que cesó de caer el maná; que probaron los hebreos los primeros frutos de la Tierra-Prometida; que fue curado Naaman de la lepra; y por último, que Jesucristo recibió el bautismo de mano de San Juan Bautista. Marchamos hácia allí durante algun tiempo; pero al acercarnos, oímos voces humanas en el bosquecillo. Por desgracia esta voz, que tranquiliza en todas partes al viajero, y que tan agradable sería oír en las orillas del Jordan, es precisamente lo que alarma en estos desiertos. Los belemitas y el dragoman quisieron alejarse sin demora; pero les declaré que no habia llegado tan lejos para volverme tan pronto; que accedia á no pasar adelante, pero que queria tornar á ver el rio, en frente del lugar en donde nos hallábamos.

La comitiva se avino, aunque con disgusto, á mi declaración, y volvimos al Jordan, alejado entonces de nosotros por medio de un rodeo hácia la derecha. Encontré en él la misma anchura y la misma profundidad, que una legua mas abajo; es decir, seis ó siete piés de profundidad en la orilla, y aproximadamente cincuenta de anchura.

Los guias me importunaban para que partiese, y el mismo Ali-Agá murmuraba. Despues de tomar las notas que me parecieron mas importantes, cedi al deseo de la caravana; saludé por última vez al Jordan, y tomé una botella de su agua y algunas cañas de sus orillas. Empezamos á alejarnos para llegar á la aldea de Ribha, la antigua Jericó, al pié de la montaña de Judea. Apenas habiamos andado un cuarto de legua en el valle, descubrimos muchas huellas de hombres y de caballos. Ali propuso estrechar nuestra comitiva, para impedir que los árabes nos contasen, y añadió: «Si pueden tomarnos, por nuestro orden y nuestros vestidos por soldados cristianos, no se atreverán á atacarnos.» ¡Qué elogio del valor de los ejércitos europeos!

Nuestras sospechas eran fundadas, pues no tardamos en descubrir á nuestra espalda, á orillas del Jordan, una caterva como de treinta árabes que nos observaban. Hicimos marchar adelante nuestra infantería, esto es, nuestros seis belemitas, y cubrimos su retirada con nuestra caballería, y pusimos nuestros bagajes en el centro; pero por desgracia el asno que los llevaba era reacio, y solo adelantaba á fuerza de golpes. El caballo del dragoman metió un pié en un avispero y las avispas se arrojaron sobre él; y el pobre Miguel, llevado por su caballo, prorumpia en dolorosos gritos; Juan, aunque griego, se mostraba sereno; y Ali era valiente como un genizaro de Mahomet II. Por lo que respecta á Julian, este nunca se mostraba sorprendido: el mundo habia pasado á sus ojos, sin que él le hubiese dirigido una mirada; creíase siempre en la calle de San Honorato, y me decia con la mayor serenidad, llevando su caballo al paso: «¡Señor!—¿Acaso no hay en este país policía para reprimir á estas gentes?»

Despues de habernos mirado durante largo rato, los árabes hicieron un movimiento hácia nosotros; pero volvieron á los matorrales que ciñen el rio, con no pequeña sorpresa nuestra. Allí tenia razon: sin duda nos tomaron por soldados cristianos. Así, pues, llegamos á Jericó sin el menor accidente.

El abate Mariti ha recopilado muy bien los hechos históricos relativos á esta célebre ciudad, no obstante haber olvidado algunos, como el donativo hecho por Antonio á Cleopatra del territorio de Jericó, etc. Ha hablado también de las producciones de Jericó, del modo de extraer el aceite de saccon, etc.; sería, por consiguiente ocioso repetirlo, á no hacer, como tantos otros, un Viaje con Viajes. Sabido es tambien que las inmediaciones de Jericó tienen un manantial, cuyas aguas, amargas en otro tiempo, tornáronse en dulces por un milagro de Eliseo. Este manantial está situado á dos millas de la ciudad, al pié de la montaña donde Jesucristo oró y ayunó cuarenta dias. Dividese en dos brazos, y en sus orillas se ven algunos campos de acacias, del árbol que produce el bálsamo de Judea, y de arbustos semejantes á las lilas por su hoja, pero cuya flor no he visto. No hay en Jericó palmeras, ni rosas, y no he podido comer los *nicolai* de Augusto; estos dátiles estaban muy degenerados en tiempo de Belon. Una añosa acacia cubre el manantial; otro árbol se inclina un poco mas sobre el arroyo que sale de este, y forma sobre el arroyo un puente natural.

He dicho que Ali-Agá habia nacido en Ribha (Jericó), cuyo gobernador era. Condújome á sus Estados, donde yo no podia dejar de ser bien recibido por sus vasallos, que en efecto acudieron á cumplimentar á su soberano. Este quiso hacerme entrar en un vetusto zaquizamí, que él llamaba pomposamente su palacio; no admití este honor, pues preferí comer en las orillas del manantial de Eliseo, denominado actualmente *Manantial del Rey*. Al atravesar la poblacion, vimos á un jóven árabe, sentado á parte con la cabeza adornada de plumas, y vestido como en un dia solemne. Todos los que pasaban por delante de él, se detenian

para besarle la frente y mejillas; me dijeron que era un recién-casado. Nos detuvimos en el manantial de Eliseo; se degolló un cordero, y se le puso á asar entero en una gran hoguera á la orilla del agua; cuando el festin estuvo preparado, nos sentamos al rededor de una fuente de madera, y cada uno destrozó con las manos una parte de la víctima.

Es grato descubrir en estos usos algunos vestigios de las costumbres antiguas, y encontrar entre los descendientes de Ismael los recuerdos de Abraham y de Jacob.

Los árabes, en todas partes donde los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berberia, me han parecido de estatura mas bien alta que pequeña; su continente es activo; son bien formados y ligeros; tienen la cabeza aovada, la frente alta y arqueada, la nariz aguileña, los ojos rasgados, la mirada humilde y en extremo dulce; nada revelaria en ellos al salvaje, si tuviesen siempre la boca cerrada; pero desde el momento en que hablan, se oye un lenguaje áspero y rudamente aspirado, y se ven unos dientes de deslumbradora blancura, como los de los chacales y las onzas; diferéncianse en esto del salvaje americano, cuya fiera está en la mirada, y la espresion humana en la boca.

Las mujeres árabes tienen la estatura proporcionalmente mas alta que la de los hombres. Su aspecto es noble, y recuerdan un poco las estatuas de las sacerdotisas y de las Musas, por la regularidad de sus facciones, la hermosura de sus formas y la colocacion de sus velos. Esto debe entenderse con limitacion, porque estas hermosas estatuas están por lo regular cubiertas con harapos; el aire de miseria, desahino y padecimiento degrada estas formas tan puras; una tez cobriza oculta la regularidad de sus facciones; en una palabra, para ver á estas mujeres cual acabo de pintarlas, es preciso contemplarlas á cierta distancia, y limitándose al conjunto, prescindir de los pormenores.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica ceñida al talle con un cinturón. Ya sacan un brazo de las mangas de esta túnica, y están entonces vestidos á la usanza antigua; ya se envuelven en un ropón de lana blanca, que les sirve de toga, de manto ó de velo, segun que se lo arrollan al rededor, lo cuelgan de sus hombros ó lo colocan sobre su cabeza. Caminan descalzos y armados de un puñal, de una lanza, ó de un largo fusil. Las tribus viajan en caravanas, y los camellos marchan en fila. El camello que va al frente está sujeto con una cuerda de borra de palmera al cuello de un asno, que es el conductor de la comitiva, y que como jefe está exento de todo cargamento y goza de diferentes privilegios; los camellos de las tribus ricas van adornados de festones, banderolas y vistosas plumas.

Las vegas son tratadas con mas ó menos honores, segun la nobleza de su raza, pero siempre con estremado rigor. No se pone á los caballos á la sombra, sino que se les deja espuestos á todo el rigor del sol, atados en el suelo á unas estacas por sus cuatro piés, de modo que se les reduce á la inmovilidad; nunca se les quita la silla; por lo regular no beben sino una sola vez, y no comen sino un poco de cebada cada veinte y cuatro horas. Tan rudo trato, lejos de estenuarlos, les da sobriedad, paciencia y ligereza. He admirado muchas veces un caballo árabe, encadenado de esta manera en la abrasada arena, con las crines colgantes y esparcidas, oculta la cabeza entre las piernas para hallar un poco de sombra, y dirigiendo con ojo salvaje una oblicua mirada á su dueño. Pero no bien siente libres sus piés, y oprimido por este su lomo, espuma, se estremece, devora la tierra; si la trompeta suena, dice: ¡Marcha! y reconoce al punto el caballo de Job: *Fervens et fremens sorbet terram; ubi audierit buccinam, dicit: ¡Vah!*

Todo lo que se dice de la pasion de los árabes por los cuentos, es cierto, y voy á citar un ejemplo: du-

rante la noche que acabábamos de pasar en las playas del mar Muerto, nuestros belemitas estaban sentados al rededor de su hoguera, con los fusiles en tierra á su lado; y los caballos, atados á las estacas, formaban un segundo círculo exterior. Despues de haber bebido el café, y hablado mucho, estos árabes enmudecieron, á escepcion del scheik. Yo veia al resplandor del fuego sus espresivos ademanes, sus blancos dientes, y las diversas formas que daba á su vestido al proseguir su relato. Sus compañeros le escuchaban con profunda atencion, inclinados hácia delante, con los rostros inmediatos á la llama, ya exhalando un grito de admiracion, ya repitiendo enfáticamente los ademanes del narrador; algunas cabezas de caballos que se adelantaban sobre la comitiva y se destacaban en la oscuridad, acababan de dar á este cuadro el carácter mas pintoresco, sobre todo cuando se le unia un paisaje del mar Muerto y de las montañas de Judea.

Si habia estudiado con tanto interés, en las orillas de sus lagos, las hordas americanas, ¡cuán diferente especie de salvajes contemplaba allí! Tenia á la vista los descendientes de la raza primitiva de los hombres; los veia con las mismas costumbres que han conservado desde los dias de Agar y de Ismael; los hallaba en el mismo desierto que les fue dado en herencia por Dios: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharan*; los encontraba en el valle del Jordan, al pié de las montañas de Samaria, en los caminos de Hebron, en los lugares donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, que aun humean á la cólera de Jehová, y que luego fueron consolados por las misericordiosas maravillas de Jesucristo.

Lo que especialmente distingue á los árabes de los pueblos del Nuevo-Mundo, es que á través de la rudeza de los primeros, se advierte, no obstante, cierta delicadeza en sus costumbres; concécese que han nacido en ese Oriente, cuna de todas las artes, de todas las ciencias, de todas las religiones. Oculto en los confines del Occidente, en una región separada del universo, el canadense habita unos valles sombreados por bosques eternos, y regados por rios inmensos; el árabe, lanzado, por decirlo así, al camino real del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga en las brillantes regiones de la aurora, sobre un suelo sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael, necesitanse amos, esclavos, animales domésticos y una libertad sujeta á leyes. Entre las hordas americanas, el hombre vive aun enteramente solo con su bárbara y cruel independencia; en lugar del ropón de lana, cúbrese con la piel del oso; en vez de la lanza, maneja la flecha, y prefiere al puñal la pesada maza; no conoce, y los despreciaría, el dátil, la sandía y la leche de la hembra del camello; quiere adornar sus festines con carne y sangre. No ha tejido el pelo de cabra, para ponerse al abrigo debajo de sus tiendas, pues el olmo decrepito presta la corteza á su choza. No ha domado el caballo, para seguir la pista á la gacela, sino que la aprisiona, venciendo en la carrera. No desciende de grandes naciones civilizadas; los nombres de sus antepasados no están escritos en los fastos de los imperios, pues los contemporáneos de sus abuelos son las añosas encinas que aun subsisten en pié. Monumentos de la naturaleza, que no de la historia, los sepulcros de sus padres descuellan ignorados en ignorados bosques. En una palabra, todo anuncia en el americano el salvaje que no ha llegado todavía al estado de civilizacion, mientras todo indica en el árabe el hombre civilizado que ha vuelto al estado salvaje.

Nos alejamos del manantial de Eliseo el 6, á las tres de la tarde, para volver á Jerusalén, y dejamos á la derecha el monte de la Cuarentena, que domina á Jericó, precisamente en frente del monte Abarim, desde donde Moisés vió antes de morir, la tierra de Promision. Al entrar de nuevo en la montaña de Ju-

dea, vimos los restos de un acueducto romano. El abate Mariti, acosado por el recuerdo de los frailes, dice tambien que este acueducto perteneció á una antigua comunidad, ó que sirvió para regar las tierras inmediatas, cuando en la llanura de Jericó se cultivaba la caña de azúcar. Si la mera vista de la obra no bastase para destruir esta absurda opinion, podriase consultar á Adricomio (*Theatrum Terræ Santæ*), la *Elucidatio historica Terræ-Santæ* de Cuaresmio, y la mayor parte de los ya citados viajeros. El camino que seguíamos en la montaña era ancho, y á trechos empedrado; acaso era una antigua vía romana. Pasamos al pié de una montaña coronada en otro tiempo con un castillo gótico, que protegía y cerraba el camino. Pasada esta montaña, bajamos á un negro y profundo valle, llamado en hebreo *Adommin*, ó el *lugar de la sangre*. Allí habia una pequeña ciudad de la tribu de Judá; y en ese solitario lugar fue donde el Samaritano socorrió al viajero herido. Allí encontramos la caballería del pachá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la expedición de que hablaré mas adelante. Por fortuna, la noche nos ocultó á la vista de aquella soldadesca.

Pasamos á Bahurim, donde David, que huía de Absalon, estuvo próximo á ser apedreado por Semei. Un poco mas allá, nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con sus Apóstoles, cuando volvía de Jericó. Empezamos á subir la espalda del Monte Olivete, y atravesamos á Betania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta y el sepulcro de Lázaro. Luego bajamos del citado monte, que domina á Jerusalén, y pasamos el torrente Cedron en el valle de Josafat. Un sendero que rodea el templo y se eleva por el monte Sion, nos guió á la puerta de los Peregrinos, dando la vuelta entera á la ciudad. Eran las doce de la noche. Ali-Agá se hizo abrir; los seis árabes volvieron á Belém, y entramos en el convento. Mil siniestros rumores habian circulado respecto de nosotros, pues se decia que habiamos sido muertos por los árabes ó por la caballería del pachá, y se me acriminaba por haber emprendido este viaje con una escolta tan débil; rasgo de imprudencia, decian, propio del carácter francés. Los acontecimientos posteriores probaron, no obstante, que si no hubiese adoptado aquel partido y aprovechado las primeras horas de mi estancia en Jerusalén, nunca hubiera podido llegar al Jordan.

CUARTA PARTE.

VIAJE Á JERUSALÉM.

Ocupéme durante algunas horas en trazar con un lápiz notas relativas á los lugares que acababa de visitar, método que seguí todo el tiempo que estuve en Jerusalén, recorriéndola durante el día y escribiendo de noche. El padre procurador entró en mi aposento en la madrugada del 7 de octubre, y me refirió el desenlace de la contienda entre el pachá y el padre guardian. Convínimos, pues, en lo que debiamos hacer. Enviáronse mis firmantes á Abdallah. Este se arrebató, gritó, amenazó y concluyó exigiendo á los frailes una cantidad un poco menor. Siento no poder publicar la copia de una carta escrita por el padre Buenaventura de Nola al general Sebastiani, por no permitirme la ausencia de este.

Necesitábase todo el deseo que tenia de ser útil á los religiosos de Tierra-Santa, para ocuparme de cosas ajenas al Santo Sepulcro. El mismo día, á las nueve de la mañana, salí del convento, acompañado de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y un genízaro, y me dirigí á pié á la iglesia que encierra el sepulcro de Jesucristo.

Todos los viajeros han descrito esta iglesia, la mas

digna de respeto en toda la tierra, ya se piense filosófica, ya cristianamente. Aquí me asalta una verdadera dificultad. ¿Debo presentar la pintura exacta de los Santos Lugares? En este caso, no puedo menos de repetir lo que ya se ha dicho, pues acaso no hay un asunto menos conocido de los lectores modernos, y no obstante, ninguno está mas completamente agotado. ¿Debo omitir esta pintura? Pero ¿no sería esto suprimir la parte mas esencial de mi viaje, haciendo desaparecer lo que constituye su fin y objeto? Despues de haber titubeado mucho tiempo, me he determinado á describir las principales estaciones de Jerusalén, cediendo á las consideraciones siguientes:

1.º Nadie lee en la actualidad las antiguas peregrinaciones á Jerusalén; y lo que es muy viejo parecerá probablemente del todo nuevo á la mayor parte de los lectores.

2.º La iglesia del Santo Sepulcro no existe ya, pues ha sido incendiada enteramente desde mi vuelta de Judea; soy, por decirlo así, el último viajero que la ha visto, y por esta razon seré su último historiador.

Mas, como no aspiro á mejorar un cuadro bien hecho, me aprovecharé de los trabajos de los que me han precedido, limitándome á adornarlos con algunas observaciones.

Entre estos trabajos hubiera preferido los de los viajeros protestantes, á causa del espíritu del siglo; pues nos inclinamos en la actualidad á rechazar lo que creemos procedente de un origen demasiado religioso. Pero por desgracia, nada satisfactorio he hallado acerca del Santo Sepulcro en Pocoke, Shaw, Maundrell, Hasselquist y algunos otros.

Despues de muchas reflexiones, me ha parecido que Deshayes, enviado en 1621 á Palestina, merece que se tome en cuenta su narración.

1.º Porque los turcos se complacieron en enseñar Jerusalén á este embajador, que hubiera entrado hasta en la mezquita del templo si hubiese querido.

2.º Porque es tan claro y exacto en el estilo un poco anticuado de su secretario, que Pablo Lucas le ha copiado testualmente, sin dar noticia del plagio, según su costumbre.

3.º Porque d' Anville (y esta es la causa principal), tomó la carta de Deshayes por objeto de una disertación, que tal vez es la obra maestra de nuestro célebre geógrafo. Deshayes nos dará, pues, el material de la iglesia del Santo Sepulcro, y luego añadiré mis propias observaciones.

«El Santo Sepulcro y la mayor parte de los Santos-Lugares están servidos por frailes franciscanos, que se renuevan de tres en tres años; y aunque los hay de todas las naciones, todos, no obstante, pasan por franceses ó venecianos, y no subsisten sino porque están bajo la protección del rey. Há cerca de sesenta años que viven fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo lugar donde Jesucristo celebró la Cena con sus Apóstoles; pero habiendo sido su iglesia convertida en mezquita, han permanecido siempre despues en la ciudad, en el monte Giron, donde está su convento, llamado *San Salvador*, y donde el guardian reside con la comunidad, que provee de religiosos á todos los lugares de Tierra-Santa, donde es preciso que los haya.

«La iglesia del Santo Sepulcro dista doscientos pasos de este convento. Comprende el Santo Sepulcro, el monte Calvario y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo construir una parte de ella para cubrir el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que la sucedieron, la hicieron ensanchar para comprender el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

«Antiguamente el monte Calvario estaba estramuros, como ya he dicho; era el lugar donde se ejecutaba á los sentenciados; y, para que todo el pueblo pudiese asistir á la ejecución, habia una gran plaza entre el

monte y la muralla de la ciudad. El resto del monte estaba rodeado de jardines, uno de los cuales pertenecía á José de Arimatea, discípulo secreto de Jesucristo, donde habia mandado hacer un sepulcro para este, donde en efecto fue enterrado. Los judíos no acostumbraban dar sepultura á los cadáveres como lo hacen los cristianos. Cada uno hacia practicar, según sus medios, en algun peñasco una especie de pequeño gabinete donde se colocaba el cadáver; y despues se cerraba este lugar con una piedra que se colocaba delante de la puerta, que por lo regular tenia cuatro piés de altura.

«La iglesia del Santo Sepulcro es muy irregular, porque su recinto se ha adaptado á los lugares que se quería encerrar en él. Tiene casi la forma de cruz; su longitud es de ciento veinte pasos, sin contar la bajada de la Invención de la santa Cruz, y setenta de ancho. Adórnanla tres cúpulas, de los cuales la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia; su diámetro son treinta pasos, y tiene una abertura en su parte superior, como la Rotonda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda, pues la techumbre está sostenida tan solo por unas grandes vigas de cedro, traídas del monte Líbano. En otro tiempo se entraba en esta iglesia por tres puertas, pero actualmente solo tiene una, cuyas llaves guardan los turcos, con suma vigilancia, por temor de que los peregrinos entren sin pagar los nueve sequines, ó treinta y seis libras que se les exigen; hablo de los peregrinos que vienen de la cristiandad, porque los cristianos vasallos del Gran-Señor solo pagan la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanilla atravesada por una barra de hierro, por donde los de afuera dan víveres á los de dentro, quienes pertenecen á ocho diferentes naciones.

«La primera es la de los latinos ó romanos, representados por los frailes franciscanos, que guardan el Sepulcro; el lugar del Calvario donde Nuestro Señor fue clavado en la cruz; el lugar donde esta fue hallada; la piedra de la *uncion*, y la capilla donde Jesucristo se apareció á la Virgen, despues de su resurrección.

«La segunda nación es la de los griegos, que poseen el coro de la iglesia, donde offician, y en el centro del cual hay un pequeño círculo de mármol, cuyo centro creen ser el de la tierra.

«La tercera nación es la de los abisinios; estos tienen la capilla donde está la columna del *Improprio*.

«La cuarta nación es la de los coptos, que son los cristianos de Egipto; tienen un pequeño oratorio inmediato al Santo Sepulcro.

«La quinta es la de los armenios; estos tienen la capilla de Santa Helena, y aquella donde fueron divididas y sorteadas la vestidura de Nuestro Señor.

«La sexta nación es la de los nestorianos ó jacobitas, oriundos de la Caldea y la Siria; tienen una capillita próxima al lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, llamada por esta razon *Capilla de la Magdalena*.

«La séptima nación es la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio; tienen el lugar del monte Calvario donde fue levantada la Cruz, y el encierro donde permaneció Nuestro Señor, mientras se hacia el agujero para colocarla.

«La octava nación es la de los maronitas, que habitan el monte Líbano, y reconocen al papa, como nosotros.»

«Cada nación tiene, además de los lugares que todos los que están dentro pueden visitar, algun lugar particular en las bóvedas y ángulos de esta iglesia, que le sirve de retiro, y donde celebra el Oficio según su respectivo rito; porque los sacerdotes y frailes que entran allí permanecen por lo regular dos meses sin salir hasta que se envían otros que les reemplazan del convento que tienen en la ciudad. Es difícil permanecer allí algun tiempo sin caer enfermo, porque el ambiente es escaso, y las bóvedas y paredes despiden una

frescura bastante insalubre; sin embargo, hallamos un buen ermitaño franciscano, que habia vivido veinte años sin salir, aunque su trabajo era tan impropio, que tenia que cuidar de doscientas lámparas, y limpiar y adornar todos aquellos santos lugares, no pudiendo descansar mas que cuatro horas diarias.

«Al entrar en la iglesia se halla la piedra de la *uncion*, en la que fue ungido con mirra é incienso el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, antes de ser depositado en el sepulcro. Algunos dicen que es de la misma piedra del Calvario, y otros aseguran que fue llevada á aquel lugar por José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, que le tributaron este piadoso servicio. Sea de esto lo que fuere, ha sido preciso cubrirla con mármol blanco, á causa de la indiscreta devoción de algunos peregrinos que la rompian, rodeándola además de una balaustrada de hierro para evitar que se la pise. Tiene ocho piés menos tres pulgadas de largo, y dos piés menos una pulgada de ancho, y sobre ella arden continuamente ocho lámparas.

«El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, exactamente en el centro de la gran cúpula de que he hablado; es de la figura de un pequeño gabinete practicado en una peña viva, con la punta de un cincel. La puerta que mira á Oriente tiene cuatro piés de altura y dos y cuarto de ancho, de modo que es preciso bajarse mucho para penetrar por ella. El interior del Sepulcro es casi cuadrado. Tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis menos dos pulgadas de ancho; y desde la base hasta la bóveda, ocho piés y una pulgada. Hay una especie de recodo sólido, de la misma piedra, que se dejó al labrar el resto; tiene dos piés y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del Sepulcro, porque tiene seis piés menos una pulgada de largo y dos piés, con dos tercias y medio de ancho. Sobre este recodo ó mesa fue colocado el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza vuelta hácia el Occidente y los piés hácia el Oriente; pero á causa de la supersticiosa devoción de los orientales, que creen que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no les abandonará jamás; y tambien porque los peregrinos arrancaban pedazos, ha sido preciso cubrirla con mármol blanco, sobre el que se celebra actualmente la misa; cuarenta y cuatro lámparas alumbran continuamente este santo lugar; y el humo sale por tres agujeros, abiertos en la bóveda. La parte exterior del Sepulcro está tambien cubierto de mármol y de muchas columnas, que sostienen una cúpula.

«A la entrada de la puerta del Sepulcro hay una piedra de pié y medio en cuadro, y de un pié de espesor, perteneciente á la misma peña, la que servía de apoyo á la gruesa piedra que cerraba la puerta del Sepulcro; sobre esta piedra estaba el Angel, cuando habló á las Marias; y tanto por este misterio, cuanto por no entrar desde luego en el Santo Sepulcro, los primeros cristianos construyeron delante una pequeña capilla, llamada la *Capilla del Angel*.

«A doce pasos del Santo Sepulcro, dirigiéndose al Septentrion, encuéntrase una gran piedra de mármol gris, que tiene cerca de cuatro piés de diámetro; y ha sido colocada allí para señalar el lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en forma de jardinero.

«Mas adelante está la capilla de la Aparición, en la cual, según dice la tradición, Nuestro Señor se apareció primero á la Virgen, despues de su resurrección. En este lugar celebran los oficios divinos los frailes franciscanos, y á él se retiran; porque desde aquí entran en unos aposentos que no tienen salida sino por esta capilla.

«Siguiendo la vuelta de la iglesia, hállase una capillita abovedada que tiene siete piés de largo y seis de ancho, llamada en otro tiempo la *Prision de Nuestro Señor*, porque estuvo en este lugar mientras se hacia el agujero para clavar la Cruz. Esta capilla está en la